

PUYDUFOU

ESPAÑA

15 MOMENTOS EXTRAORDINARIOS
DE LA HISTORIA DE ESPAÑA




ESPASA

PUYDUFOU

E S P A Ñ A

15 MOMENTOS EXTRAORDINARIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA



Juan Ignacio Alonso Campos


ESPASA

© Puy du Fou España, S. A., 2022
© del texto: Juan Ignacio Alonso Campos, 2022
© del prólogo: Erwan de la Villéon
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imágenes de cubierta e interior: © Puy du Fou España
Diseño de interior y maquetación: María Jesús Gutiérrez

ISBN: 978-84-670-6508-4
Depósito legal: B. 2.898-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE



PRÓLOGO, 8

1. Recaredo, la unión de dos pueblos, 11
 2. La invasión musulmana, 31
 3. El califato de Córdoba, 41
 4. El Cid Campeador, 59
 5. De la reconquista de Toledo a Las Navas de Tolosa, 79
 6. El tiempo de las catedrales, 97
 7. La ciudad de las tres culturas, 109
 8. Los Reyes Católicos, Colón y el descubrimiento de América, 127
 9. Carlos V, 147
 10. Felipe II y El Escorial, 163
 11. El Toledo espiritual del Greco, 183
 12. El Siglo de Oro, 195
 13. La Guerra de la Independencia, 229
 14. El noventa y ocho, 243
 15. La Edad de Plata, 257
- Final, 267



1

RECAREDO, LA UNIÓN DE DOS PUEBLOS



(589)



11

8 *de de mayo del 589. Recaredo entra en Toledo. Viste manto púrpura y porta el cetro bizantino que su padre Leovigildo introdujo en España pocos años antes.*

El rey se dirige a los obispos de Hispania:

—Presente está aquí la ínclita nación de los godos, estimada por doquier por su genuina virilidad; la cual, separada antes de la Iglesia católica por la maldad de sus doctores, y ahora unida a mí de todo corazón, participa plenamente en la comunión de aquella Iglesia.

Responde Leandro, el obispo de Sevilla:

—Aquellos mismos cuya rudeza nos hacía antaño gemir, son ahora, por razón de su fe, motivo de gozo. A ti te llamarán «Conquistador de nuevos pueblos para la Iglesia católica».

Así, dice la Crónica, fue el tercer Concilio mantenido en la ciudad regia. Así, dicen, nació España.



Aquel día se transformó la monarquía visigoda, que desde entonces dejó de ser cabeza del «Reino de los Godos», para serlo del «Reino de Hispania», estableciendo de esta forma la unidad de ambos pueblos, visigodos e hispanorromanos.



¿Quiénes eran los godos? ¿De dónde venían?

Los godos eran un pueblo germano, originario del norte de Europa, la península escandinava y la región del Báltico. ¿Cómo llegaron hasta Hispania? Pues fue un larguísimo viaje que duró siglos. Su emigración comenzó por razones desconocidas, pero probablemente debido a un enfriamiento del clima que les obligó a buscar nuevas tierras más cálidas. En el siglo III antes de Cristo estaban instalados en el oriente de Europa, y allí se dividieron en dos grandes grupos: visigodos (godos de oeste) y ostrogodos (godos del este). Durante su estancia en la frontera de Roma fueron adquiriendo grandes influencias del Imperio, entre ellas, y una de las principales, la religión cristiana.

Esta situación cambió con la irrupción en Europa de una agresiva horda procedente de las estepas asiáticas, los hunos de Atila, que penetraron a sangre y fuego obligando a los germanos a desplazarse. De esta forma, los visigodos iniciaron un largo periplo hacia el oeste que tuvo un punto de inflexión cuando su caudillo, Alarico, tomó el título de rey a finales del siglo IV. Los visigodos llegaron hasta Italia en un momento en el que el poder imperial estaba muy debilitado, y por ello penetraron con facilidad en la península e incluso saquearon la ciudad de Roma en el 410. Finalmente, pactaron un acuerdo con el Imperio en el año 416 que les concedió el título de federados, mediante el cual se asentaron con total legitimidad en Aquitania, al sur de Francia, en lo que se ha llamado reino visigodo de Tolosa, desde donde comenzaron a intervenir en Hispania.

Hispania

Hispania era entonces una de las provincias más ricas del Imperio romano. Roma inició la conquista de Hispania en el curso de las guerras púnicas con Cartago, entre mediados del siglo III y mediados del II a. C.

Posteriormente prosiguieron su expansión paulatinamente, por lo general de forma pacífica, pero en ocasiones por medio de luchas enconadas, porque determinados pueblos ibéricos ofrecieron una tenaz resistencia. Son célebres los casos del caudillo lusitano Viriato, al que solo consiguieron doblegar mediante una traición, y sobre todo el de la ciudad celtíbera de Numancia, en la actual provincia de Soria, cuyos valientes habitantes resistieron largos años los ataques romanos. Para doblegarlos fue necesaria la llegada del mejor general del ejército romano, Escipión Emiliano, al mando de



varias legiones. Este puso cerco a Numancia levantando un perímetro de muchos kilómetros con torres, fortificaciones y fosos, para aislar la ciudad y rendirla por hambre. La ciudad todavía resistió heroicamente más de un año, hasta sucumbir cuando gran parte de sus habitantes habían fallecido y los supervivientes se hallaban a punto de hacerlo.

Desde el final de la conquista comenzó el proceso de «romanización», en el curso del cual se construyeron vías que enlazaban las principales ciudades, se engrandecieron y embellecieron las urbes con grandes edificios monumentales, teatros, circos, templos, arcos, termas..., se implantó la lengua latina y la ley romana, se pusieron en explotación cultivos, ganados, pesquerías, minas, etcétera. En definitiva, Hispania se convirtió en una de las provincias romanas más ricas y civilizadas del Imperio. Este es el país que encontraron los visigodos.



Cuando los visigodos comienzan a intervenir en Hispania en el siglo V, lo hacen como aliados del Imperio, combatiendo en nombre Roma a los suevos, vándalos y alanos que habían penetrado en la península a consecuencia de la gran invasión del 406. En efecto, el día de San Silvestre, el 31 de diciembre del año 406, un gran contingente de bárbaros forzó la frontera del Rin y penetró en tierras del Imperio. Esta no había sido la única ocasión en la que los bárbaros habían penetrado en el Imperio romano, pero sí la primera en la que Roma no tuvo la fuerza suficiente para expulsarles. Cruzaron la Galia sin oposición, forzaron los pasos de los Pirineos y se instalaron en Hispania, los suevos en el noroeste peninsular y los alanos y vándalos en la Bética. Los visigodos lucharon contra ellos: redujeron a los suevos a la región de Galicia, prácticamente exterminaron a los alanos y forzaron a los vándalos a trasladarse a África.

El reino visigodo de Tolosa desapareció en el año 507 tras su derrota en la batalla de Vouillé a manos del franco Clodoveo. Aunque conservaron en su poder una importante franja de territorio del sur de las Galias, los visigodos se acabaron instalando definitivamente en Hispania, que ya dominaban militarmente con anterioridad, donde fundaron el reino visigodo de Toledo.

El gran rey Leovigildo

Leovigildo fue probablemente el rey más importante de toda la historia visigoda. De hecho, se esforzó mucho para crear un reino unificado en la península ibérica, cosa que sus antecesores no habían logrado antes. Trató de afianzar el papel de la monarquía y superar el problema permanente de los visigodos: la inestabilidad de la Corona debida a la hostilidad de las facciones nobiliarias. Todo ello lo logró en gran medida, y tan solo fracasó en un aspecto fundamental: la unidad espiritual y religiosa del reino.

Cuando los visigodos se instalaron en Hispania en el siglo V eran una franca minoría frente a los hispanorromanos —doscientos mil frente a cinco millones aproximadamente—. Para preservar su independencia como pueblo y no ser absorbidos por la población mayoritaria habían puesto en práctica dos medidas trascendentales: la prohibición de matrimonios mixtos y la imposición del arrianismo como religión oficial. Los visigodos habían sido convertidos al cristianismo mientras todavía estaban en la región del Danubio, donde predominaba el cristianismo arriano. Y cuando se desplazaron hacia Occidente para acabar instalándose en Hispania en el siglo V esa era su religión, en oposición a la de los católicos hispanorromanos.



Leovigildo fue rey cuando su hermano mayor y antecesor en el trono, Liuva, le asoció a la Corona en el año 569, y le nombró gobernador de Hispania, mientras él se ocupaba de Septimania, al sur de Francia. Esta forma de sucesión, mediante la asociación de un hijo o un hermano al gobierno aun en vida del rey, era una forma de intentar evitar la inestabilidad de la Corona, lo que se llamó el «morbo gothico», la «enfermedad» de los godos.

La cuestión de fondo es que la monarquía visigoda no era hereditaria sino electiva. Es decir, los nobles del reino se reunían a la muerte del rey para elegir entre ellos al sucesor. La consecuencia de este sistema fue que, en numerosas ocasiones, las facciones de la nobleza partidarias de uno u otro candidato, promovieron levantamientos para derribar al rey elegido. De hecho, fueron numerosos los monarcas depuestos o asesinados.

Cuando Leovigildo llegó al trono, el reino estaba sumido en una grave crisis. Sus antecesores habían sostenido luchas enconadas contra otros nobles que se alzaban contra ellos. Esta situación de inestabilidad había sido aprovechada por la aristocracia hispanorromana de la Bética, ricos propietarios de tierras, para declararse en rebeldía. Todo se complicó cuando el emperador de Bizancio (el Imperio romano de Oriente), Justiniano, desató una gran campaña para recuperar la posesión de la antigua parte occidental del Imperio, Italia, África e Hispania, y envió tropas que desembarcaron en Cartagena y avanzaron hasta conquistar una amplia franja costera del sudeste de la península.

Leovigildo se puso inmediatamente en campaña, redujo a los aristócratas hispanorromanos de la Bética, destruyó el reino suevo de Galicia, acabó con los conatos de rebeldía de vascones y otros pueblos del norte, y contuvo a los bizantinos

de Levante. Después de unos años de duras luchas la unidad del reino estaba garantizada. El paso siguiente fue apuntalar su posición, para lo cual se casó con la viuda del antiguo rey Atanagildo, que dominaba a una importante facción de la nobleza visigoda, adoptó signos externos de la monarquía bizantina, acuñó moneda propia, reformó la administración, redujo los poderes de la nobleza, fundó dos ciudades, Victoriaco (la actual Vitoria) en Álava, y Recópolis, en Guadalajara, esta última en honor a su segundo hijo, Recaredo, y finalmente asoció al trono a su primogénito Hermenegildo.

La rebelión de Hermenegildo

En el año 579 Leovigildo concertó el matrimonio de Hermenegildo con la princesa Ingunda, hija del rey Sigiberto de Francia. Estos matrimonios políticos de reyes o herederos de un reino germánico con princesas de otro eran algo frecuente y servían para reforzar alianzas. Lo habitual es que la princesa desposada adoptase la religión del reino de su marido, pero Ingunda se negó a bautizarse como arriana. Leovigildo decidió que su hijo y su esposa se alejasen de la corte de Toledo y les envió a Sevilla, nombrando a Hermenegildo gobernador de la Bética. Una vez allí, la predicación del obispo sevillano Leandro, hermano del célebre San Isidoro, consiguió que, por el contrario, Hermenegildo se convirtiera al catolicismo.

Es muy difícil saber si esa conversión era sincera o, como sostienen muchos, una forma de ganarse a la poderosa aristocracia hispanorromana de la región con vistas a rebelarse contra su padre y acceder a la corona sin esperar a su muerte. El caso es que el conflicto se resolvió militarmente, Hermenegildo fue vencido y conducido a prisión, donde un

partidario de Leovigildo le dio muerte, no se sabe si por iniciativa propia o por orden del rey.

Un conflicto ideológico y espiritual

Lo que revela este episodio es que existía un conflicto ideológico de carácter religioso, que en buena medida escondía otros intereses menos «santos», políticos y económicos. Y esto a pesar de la indudable tolerancia que había existido desde el principio del reino visigodo hacia los católicos y su Iglesia. El catolicismo jamás fue perseguido y sus practicantes, la mayoría hispanorromana, gozaron de plena libertad de culto. En las principales ciudades coexistían dos obispados, uno arriano y otro católico, que no interferían en absoluto en sus actividades.

Esta situación cambia con Leovigildo, sobre todo después de haber dominado la rebelión de Hermenegildo. La razón es obvia: después de haber superado la grave crisis política y los movimientos secesionistas con los que se encontró en su acceso a la Corona, vencido a suevos y a bizantinos, centralizado la administración, en suma, después de haber ido construyendo una monarquía nueva, Leovigildo necesitaba la unidad, es decir, superar el viejo dualismo visigodo-hispanorromano. En primer lugar, derogó la antigua ley que prohibía los matrimonios mixtos (una medida meramente simbólica, puesto que la norma era prácticamente papel mojado desde mucho tiempo antes) y, en segundo lugar, intentó la unidad religiosa.

Como es lógico, Leovigildo nunca pensó en conceder la primacía a la doctrina católica: el arrianismo era la fe de los visigodos y, en buena lógica, debía prevalecer. Ahora bien, había fórmulas para su suavizar las diferencias, de manera





que la unificación arriana fuera más fácil de asumir para sus súbditos romanos y, sobre todo, para el clero católico. Con ese objetivo Leovigildo convocó un sínodo de obispos arrianos en Toledo, donde se decidió suprimir la obligación de que los que se convirtieran al arrianismo recibieran un nuevo bautismo, siendo suficiente una mera declaración aceptando unos principios arrianos previamente rebajados en sus diferencias, hasta el punto de que de ahí surge una nueva Iglesia nacional que no es enteramente arriana ni católica, sino algo distinto.

También puso bajo la adscripción de su Iglesia nacional numerosas basílicas y capillas de mártires de gran raigambre, entre otras Santa Eulalia de Mérida, como forma de atraerse el fervor del pueblo llano.

Finalmente, viendo que nada de esto surtía efecto, acabó por adoptar medidas de fuerza, como el destierro de los obispos Leandro de Sevilla y Massona de Mérida, dos de las principales sedes metropolitanas. Todo fue inútil. Leovigildo falleció en el 586 sin haber conseguido coronar su gran obra con la unificación religiosa del reino.

A primera vista, podría parecer que la solemne conversión al catolicismo de su hijo y sucesor Recaredo en el III Concilio de Toledo significaba una refutación de la obra de su padre, del que había sido fiel colaborador los últimos años, pero esto no es así. En esencia, Recaredo fue quien coronó la obra de Leovigildo, aunque aplicando una solución opuesta a la de este. Poseyó la inteligencia suficiente para comprender que la Iglesia arriana, minoritaria, jamás podría imponerse a un catolicismo omnipresente y poderoso, y que si quería alcanzar el sueño de Leovigildo de unidad espiritual debería ser en el seno de la Iglesia católica.

El III Concilio de Toledo

Hoy en día conocemos como concilio una asamblea religiosa. Los concilios de Toledo de época visigoda tenían una entidad muy superior, ya que eran la asamblea política del reino, y en ellos se tomaban decisiones, tanto legales como administrativas, trascendentales para la ordenación del Estado. No solo asistían todos los obispos, encabezados por el de Toledo, primado de España, sino también el rey y los magnates, puesto que lo que se decidía en ellos atañía no solo a la religión, sino también a la política y la legislación. En total se celebraron diecisiete concilios en Toledo, algunos de ellos tan trascendentales como el III, en el que el rey Recaredo se convirtió al catolicismo.

El día 8 del mes de mayo del año 589, en el curso del III Concilio de Toledo, el rey visigodo Recaredo abrazó la fe católica y abjuró del arrianismo, arrastrando tras de sí a la mayoría de los germanos de Hispania y poniendo fin a un conflicto religioso que se remontaba a los mismos orígenes del reino.

«Se armó la de Dios es Cristo»

Como hemos dicho, Recaredo se convirtió al catolicismo en el III Concilio de Toledo, abjurando del arrianismo. Pero, ¿en qué consistía esa doctrina cristina que los romanos tenían por una herejía?

El cristianismo primitivo se basaba en la doctrina de los Evangelios, es decir, el relato de la vida de Cristo. Los dogmas se fueron estableciendo en el curso del tiempo y, entre ellos, uno de los más importantes es el de la Santísima Trinidad, que establece que Dios es uno y trino, pues tiene tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, el cristianismo

es estrictamente monoteísta: hay un solo Dios. Esta paradoja suscitó en su día muchas controversias y fue el motivo del surgimiento de diversas herejías que cuestionaban cuál era la verdadera naturaleza de Cristo, el Hijo. El arrianismo sostenía que en Jesucristo había más de hombre que de Dios, ya que únicamente era de naturaleza «semejante» a la del Padre, no igual.

La expresión «se armó la de Dios es Cristo», que casi todos hemos oído alguna vez, se refiere justamente a esto, a las disputas que surgieron en el Imperio romano de Oriente entre los cristianos, discutiendo si Jesús fue Dios u hombre, una polémica a la que también se alude con la expresión «discusiones bizantinas». Se trata de una controversia extremadamente sutil, difícil de entender hoy en día, pero que en ese tiempo tuvo una importancia descomunal. Por eso, en el Concilio de Nicea convocado por el emperador Constantino, se estableció la doctrina ortodoxa, que sostiene que en la Trinidad hay tres personas pero un solo Dios verdadero. De esta forma, el arrianismo se convirtió oficialmente en una herejía.

El Toledo visigodo

La ciudad de Toledo se alza en la margen derecha del río Tajo, sobre una colina rodeada por un pronunciado meandro que la ciñe. Es conocida desde la época romana, y su importancia reside no solo en que por su orografía constituye un entorno naturalmente fortificado frente a posibles enemigos, sino también por estar situada en un lugar estratégico de la principal vía romana de la península, la que unía la ciudad de Tarraco (Tarragona) con Emérita Augusta (Mérida), dos enclaves urbanos principales, pasando por Cesaraugusta (Zaragoza), Complutum (Alcalá de Henares) y la propia

Toledo. Su posición central en la península acrecienta su valor estratégico y comercial y justifica su importancia histórica, que en época visigoda adquirió una gran relevancia al convertirse en la capital del reino.

Las ciudades de la Antigüedad estaban generalmente amuralladas, como sucedía con Toledo. La muralla marcaba el perímetro de la ciudad vieja, que en el caso de Toledo se extendía a lo largo de cinco hectáreas, la más pequeña de todas las grandes ciudades hispánicas. Esto no suponía que su población fuera pequeña: el primer censo conocido, ya en época musulmana, alcanzaba unas 37.000 almas, la segunda en magnitud de la península, solo detrás de Córdoba. Toledo se convirtió en capital del reino visigodo en época de Atanagildo, pocos años antes de los sucesos que hemos narrado, y mantuvo este rango con Leovigildo, Recaredo y todos sus sucesores. Por otra parte, lo reducido de su recinto amurallado hacía que su defensa fuera mucho más eficaz sin necesidad de contar con huestes numerosas.

La urbe romana, después visigoda, se caracterizaba por la presencia de importantes edificios públicos, que en la época en que se celebró el III Concilio eran mayoritariamente iglesias. En Toledo, intramuros, se alzaban la catedral de Santa María, la iglesia de San Vicente, la más antigua, y las monasteriales de San Miguel y de Santa Eulalia. Fuera ya de su muralla se emplazaban varios suburbios, arrabales que crecían en torno a alguna edificación religiosa, basílica o monasterio. El principal suburbio toledano se agrupaba en torno a la gran basílica de Santa Leocadia, la mártir patrona de la ciudad, y en sus cercanías se alzaba la basílica de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que era seguramente la iglesia palatina, lo que significa que junta a ella se encontraría la residencia de los reyes. En la calzada romana que se dirigía hacia Zaragoza, cerca de Toledo,

existía otro importante arrabal en torno al centro monástico de San Cosme y San Damián.

Toledo, como capital del reino, era la residencia de numerosos representantes de la nobleza militar y la aristocracia propietaria de tierras, la élite de la sociedad junto al alto clero, pero en la ciudad había una mayoría de hombres libres que conformaban lo que se denominaba plebe urbana, dedicada a distintos oficios y profesiones. Sabemos que Toledo albergó un importante taller escultórico, y junto a este diversos obradores de orfebrería, bronce, metalurgia, cerámica, oficinas de comerciantes, etc. Por debajo de estos estaban los mendigos, así como gentes dedicadas a actividades poco legales, como la adivinación.

En conjunto, la Toledo visigoda fue una urbe abigarrada y viva, favorecida por su condición de capital, residencia real y episcopal, y fue la sede de los más importantes concilios y, por tanto, centro político y administrativo de los visigodos.

Toledo alberga numerosas obras de arte, acumuladas en el curso de los tiempos. De estilo visigótico se conserva Santa María de Melque. Es una iglesia de gruesos muros, totalmente abovedada, con planta cruciforme y ábside cuadrangular con arcos de herradura. San Pedro de Mata, también en Toledo, cerca de Orgaz, es otra muestra destacada de este arte germano, de la que lamentablemente tan solo se conservan restos. Mucha mayor importancia tiene la orfebrería de oro con gemas engastadas, una de las muestras más apreciadas del arte visigodo. Tales son las coronas votivas. Las coronas reales visigodas, de oro macizo, con decoración geométrica y cubiertas de joyas engastadas de extraordinaria belleza, son quizá la muestra más espectacular del arte germano en España.



